

## Madre sola: El desafío de criar a tus pollitos en tiempos de inflación y tarifazos

*Si hace años se hablaba de la “feminización de la pobreza” –traducción: las mujeres éramos mayoría entre los pobres- ¿por qué no pensar entonces en la “feminización del ajuste”? Con 4.200.000 hogares con jefatura femenina, según datos del censo 2010, está claro que si esa combinación diabólica de inflación y tarifazos impacta en todos los hogares, en el caso de madres solas con hijos a cargo se siente como en ningún otro lado. Esta es (parte) de la historia.*

**Por Quena Strauss**

Yo no. Yo no nada, últimamente. Ahorrar no ahorro hace rato, pero de unos meses a esta parte la siniestra Frontera del No parece haberse acercado como nunca antes. Porque no sólo no dispongo de una suma para separar –y guardar- luego de cobrar y pagar los gastos de cada mes, sino que cosas tan básicas como el cine, las idas a comer una hamburguesa o paseos por el estilo se van, de a poco, volviendo recuerdo del pasado. Pero hay más porque, a como viene la mano –con aumentos en las facturas de agua y gas en pleno otoño- algo me dice que de aquí a tres meses la Frontera del No estará llegando casi a la puerta de casa. ¿Cómo una inundación? Precisamente. Y todavía peor.

Algunos datos a tener en cuenta antes de seguir adelante con la Letanía de la Madre Sola: en nuestro país, y según los datos del último censo (2010) 1 de cada 3 hogares tiene por jefa a una mujer. Traducción: o es quien más aporta al grupo familiar o...es la única que aporta al grupo familiar porque su pareja, marido o compañero no está, se fue, nunca estuvo y demás variantes de la deserción masculina.

Según apunta el documento *Madres solas en la Argentina*, elaborado por el Observatorio de la Maternidad, “la monoparentalidad –esto es, un tipo de estructura familiar y de crianza que dan

*los hogares en los que reside al menos un hijo bajo la tutela de uno solo de los progenitores- es una tendencia en alza y en nuestro país tiene perfume de mujer. En los últimos 25 años su participación se ha duplicado y en 9 de cada 10 tienen a la madre en la jefatura del hogar”*

Por eso quizá, como también se apunta en dicha investigación, más que de “monoparentalidad” sea ya hora de hablar de “monomaternalidad”. La razón: en parte, *“porque los datos permiten deducir dos conclusiones: la primera es que los hombres que asumen solos la responsabilidad del ejercicio cotidiano de las funciones de crianza y cuidado son una excepción en la Argentina (sólo 3,1% de ellos lo hacen). La segunda, que las mujeres sobrellevan casi exclusivamente las responsabilidades de crianza y cuidado cotidiano de los hijos cuando se separan, divorcian o son madres solteras”.*

Así las cosas, dentro de este universo de mujeres sostén de familia (y nunca mejor dicho aquello de “sostén”) las solas son multitud. En Argentina, 70% de los hogares donde hay un solo padre tienen a una mujer (a menudo con poca educación y por ende menos chances de lograr un empleo de calidad) al frente de absolutamente todo: el alquiler, las cuentas, los deberes, las enfermedades. La vida.

Desde luego que la inflación (estimada por los economistas en un 30%) golpea a todo el mundo. **Pero, ¿qué pasa cuando “todo el mundo” sos en realidad vos sola? Y cuando, aún cuando no pertenezcas a los sectores más pobres de la población, sentís como nunca el peso de una cumbrera sobre tu espalda? ¿Cuándo en tu casa no entran dos sueldos sino uno solo? Cuando, a fin de cuentas, lo que exista en tu heladera y lo que coman -o no- tus hijos depende pura y exclusivamente de vos?** Porque, la verdad sea dicha, a menos que seas una de esas “separadas de privilegio” (me refiero a esas mujeres que terminaron con su vida de pareja sin más cambio que pasar de vivir acompañadas por su marido a vivir solas, sin compromiso alguno de su economía familiar), el peso de un ídem que se devalúa al compás del segundero puede volverse algo mucho más ominoso que la mera falta de plata. Puede convertirse en un futuro entre paréntesis.

¿Por qué? Primeramente porque –por obvio que pueda parecer- no saber cuánto costará cada cosa ya no el mes sino la semana que viene te obliga a vivir con un “No” preventivo a flor

de labios. **“No” entonces a lo que te pide tu hijo, pero “No” también a esas clases de zunga con las que pensabas neutralizar el “Efecto Rosca de Pascua” luego de semana santa, “No” a la peluquería, “No” rotundo a la pizza del viernes a la noche y “No” a gastar en todo aquello que no sea estrictamente necesario.** Y está claro que desde una mirada así de limitada, todo lo que no sea alimentación y salud se vuelve superfluo. Algo que puede esperar. ¿Hasta cuándo? Posiblemente hasta que se nos acabe el deseo de eso, por pura prepotencia de la malaria. Esto tal vez sea lo peor de todo: que, en tiempos inflacionarios, el mañana se vuelve amenaza.

El inminente aumento de los servicios públicos básicos (sí, esos, los mismos que se cortan, explotan o escasean cuando más se los necesita) llega para terminar de conformar un panorama terrorífico para las mujeres que criamos solas. Porque en su caso no hay opción B ni segundo sueldo al que recurrir, claro. Pero también porque—así como vienen dadas las cosas— la única opción cierta es recortar sobre el recorte. Ajustar sobre el ajuste. Y eso, en muchos casos, implica comenzar a prescindir de cosas que de lujo no tienen nada.

Vayan pues algunos módicos ejemplos: suprimir las clases de natación (a \$200 por mes en el más módico club de barrio por una sola vez por semana), recortar las ideas al local de comidas rápidas (\$80 como mínimo por ida y con un solo nene, a menos que la madre se limite a mirar a su hijo engullendo su hamburguesa), olvidarse para siempre de la ayuda por horas (a \$35 por hora, más vale que hasta el colegio vayas y vuelvas vos, y de preferencia a pie) y siguen las firmas.

Y los datos. Porque en un país en donde el 75% de los trabajadores no llega a cobrar \$6500 por mes (el dato, valga la aclaración, es del INDEC) hasta lo más simple entra en la categoría de lujo asiático. Y ni hablar si los chicos son más de uno, y ni hablar si —en el colmo del dispendio y la fastuosidad— no te quedó otra que mandarlos a un colegio privado (por modesto que sea) sólo para que no pierdan días de clase como sucedió durante más de dos semanas con los alumnos de los colegios públicos de la mayoría de las provincias argentinas.

¿Entonces? Entonces, lo que ya sabés: si sos mujer y argentina, pero además sos madre y estás sola, el sistema (y el gobierno) se encargará de hacerte sentir como nunca el rigor que

rige a Las que no. Las que no están (estamos) casadas, las que no tienen (tenemos) conviviente con quien compartir ni las fiebres y los mocos ni la cuenta de luz, las que no sabemos ya qué hacer para que los chicos dejen de crecer a la velocidad que lo hacen, perdiendo útiles y rompiendo pantalones que cada vez nos cuesta más reponer, o que dejen de pedir las miles de cosas con las que los canales de televisión para chicos los bombardean en cada tanda comercial.

Para vos no habrá plan, descuento ni programa. Para vos, que te formaste, te esforzaste y trabajás muchos más de ocho horas dentro y fuera de tu casa, no habrá nada parecido a una política pública pensada- por caso- para las madres con hijos en edad escolar, que además alquilan y como viene la mano no pueden ni imaginar en pedir un crédito. El Estado, tácitamente, te susurra al oído “Estás sobrecalificada”. Estudiaste “demasiados” años, no sos lo “suficientemente pobre”, tenés a tu cargo “apenas” dos o tres chicos. Entonces, para vos, ni alivio ni subsidio. A menos, claro, que te resignes a vivir a oscuras, bañarte con agua fría o usar el teléfono sólo en caso de una emergencia médica.

*“A mí lo que más me pesa es que éste es el segundo año que no le puedo hacer fiesta de cumpleaños. Sale una ponchada de pesos y en casa o pagamos el alquiler o Anita tiene su fiesta de cumple. Y me parece una guachada”, resume Carolina, al frente de un nido con dos pollitos en edad escolar. “Para mí lo más terrible es que los padres se borren como lo hacen. No puede ser que yo al papá de mis nenes le tenga que estar recordando todos los años que en marzo necesitan útiles y uniformes nuevos. O que las camperas no duran cinco años”, ilustra –furiosa- Elena, aguerrida mamá de tres varones a los que mantiene con un empleo como administrativa, ayuda de su madre y dando clases particulares de inglés los sábados por la mañana.*

Pero, como concluye el estudio del Observatorio de Maternidad, más vale no perder de vista el dato central, que es que la crianza y el cuidado de los hijos sigue siendo visto –aun desde el Estado- como “cosa de mujeres”. Algo que no compete a la sociedad en su conjunto sino que pertenece y debe tramitarse en el ámbito de lo privado. Dice pues el análisis: *“La monomarentalidad, lejos de ser la causante de la exclusión social, lo que hace es visibilizar la*

*situación de desventaja y desigualdad en la que se encuentra un conjunto de mujeres en este país. En esta forma de organización familiar se exageran los obstáculos para las mujeres en el mercado laboral y la sobrecarga de responsabilidades a la que se enfrentan muchas al enfrentar sin apoyo el doble rol de cuidadoras y trabajadoras". Así de desigual. Así de injusto.*